
México: en psicoanálisis...*

Néstor A. Braunstein

No hay quien ignore el desprestigio y la justificada sospecha de racismo que recae sobre las presunciones que animan a los proyectos de establecer psicologías nacionales y caracterologías diferenciales entre los pueblos. El pensador de los fenómenos culturales y sociales sabe que el campo de la *Völkelypsychologie*, desde los tiempos de Wundt hasta nuestros días, es campo minado, peligroso y resbaladizo. El psicoanálisis ha marcado a fuego esos intentos como generalizaciones sin valor. Freud jamás incurrió en tales ligerezas y la idea de un inconsciente universal, que no “colectivo”, asigna un lugar puramente epifenoménico a lo que muchos levantaron como bandera *culturalista*. La expresión *psicoanálisis culturalista* roza tanto la redundancia como el oxímoron, y las generalidades que ha producido son de poco interés tanto para la sociología como para la presunta ciencia freudiana. Se trataría, si ser indulgente fuese el propósito, de psicoanálisis *aplicado*... a la o a las culturas, con la razonable desconfianza que recae sobre todo lo que recibe el marbete de “aplicación” del psicoanálisis. Ya lo sabemos y en su momento lo hemos dicho: sacar de la galera los conejos que previamente pusimos en ella. Encontrarnos a nosotros mismos después de haber metido subrepticamente un espejo en medio del objeto del que hablamos. Trampa de prestidigitadores sin ingenio. El psicoanálisis funciona únicamente sobre el discurso del sujeto singular y su intelección recae siempre sobre lo diferencial del deseo. Obstáculos que no lo fueron para que Lacan, de rato en rato, dijese frases sueltas, en general innuendos, sarcasmos, a veces chistosos pero en general de mal gusto, sobre ingleses, japoneses o (norte)americanos.

* Tomado de Néstor A. Braunstein, *Por el camino de Freud*, Siglo veintiuno editores, México, 2001. Agradecemos al autor y a la editorial Siglo veintiuno editores el permiso para su publicación.

Cuanto se diga en este plano de la psicología de los pueblos es mera especulación sujeta a revisión, a confirmación, a corrección en cada sujeto singular. Registrada la salvedad, queda el hecho de que no accedemos al sujeto en análisis sino a través del discurso bajo transferencia. Y es allí donde la materia prima es la lengua (*lalangue*), hecha de locuciones particulares, no sólo del sujeto sino comunes, algo que comparte y lo ensambla a familias, ciudades, regiones, países. El símbolo, la lengua, *lalangue*, la materna, lo ha hecho hombre. Y/o mujer. Lo que no habilita para el psicoanálisis de la colectividad, pues, nunca lo olvidaremos, *le collectif n'est rien, que le sujet de l'individuel*.¹ Y cuando lo individual se repite no por eso nos encontramos ante lo colectivo. Más bien se trataría de nuestra incapacidad para encontrar la diferencia en lo que suena o resuena como igual.

Por eso las puntuaciones en el título de este trabajo: *México*: (dos puntos) *en psicoanálisis...* (puntos suspensivos) *en psicoanálisis...* no aparece una entidad que se llame *México* si entendemos como psicoanálisis el método, la teoría y la técnica desarrollados por Freud y Lacan. Dicho lo cual podríamos cerrar la reflexión tachándola desde un principio como no pertinente. Pero algo nos retiene. Y ello es la existencia real, simbólica e imaginaria de estereotipos acerca de México, de lo mexicano y de los mexicanos, de un discurso difundido, general, generalizador, que pervade (valga el anglicismo) a la sociedad mexicana y que trasciende las fronteras nacionales a partir de las canciones, de la literatura, de los *westerns*, del folclor propulsado por la revolución, de la imagen proyectada por los medios, de las interminables disquisiciones de los intelectuales de uno y otro bando acerca de la identidad nacional y de la *mexicanidad*. Este discurso podría ser fácilmente descartado con el rótulo de *ideología* en el sentido clásico marxista de representación deformada de las relaciones con la realidad. Pero no menos fácilmente se advierte que "la realidad" no es un dato independiente sino que está configurada por los discursos que sobre ella se vierten, y que por lo tanto la ideología forma parte, y parte esencial, de la misma. La deformación da forma a lo que deforma. El discurso sobre la *mexicanidad* no es un puro epifenómeno sino que es constituyente de los sujetos que se bañan en él.

¹ Jacques Lacan, *Écrits*, Seuil, París, 1966, p. 213 [*Escritos 1*, Siglo XXI, México, 1984, p. 203].

Nada hay de nuevo en esto para un lacaniano habituado desde pequeño a reconocer que el espejo invierte, presenta una superficie infrangible, crea un espacio virtual por oposición al real, precipita al sujeto en una estructura de ficción, etc., pero que ese espejo es indispensable para que el sujeto se constituya, que no hay subjetividad sin el engaño fecundo que el espejo posibilita y que el desconocimiento de sí, apuntalado en el reconocimiento imaginario, es la argamasa de la existencia humana. Y así sucede con las ideologías en tanto que sustancia sobre la que opera el psicoanálisis: sólo pueden disolverse los espejismos una vez que se los ha detectado. El discurso, contradictorio, oficial e impugnador, de izquierda y de derecha, cultivado y espontáneo, crea los objetos de los que habla: mexicanidad, carácter del mexicano, hombre, mujer mexicana, etc., largo etcétera. Esos objetos ideales son matrices de identificación: si así me describen, si así me ven, si así soy, así seré. Los rasgos que se ven en el espejo llevan las marcas del deseo del Otro, son I (A) en el grafo del deseo propuesto por Lacan, la meta del vector que arranca de $\$$, del sujeto escindido, el que habla, a título individual, en el psicoanálisis.² El ideal del sujeto es el ideal del Otro.

Y es un sujeto individual, él, y otro, y otro más, siempre uno, el que me dice que él, por tener el color de piel más claro en su familia, recibía siempre los mejores alimentos, se le llamaba *el güero*, el rubio, se le reservaba el lugar de ser el que estudiaría, el que iría a la universidad, el que sería doctor, mientras que los otros, quizá de una tez algo más oscura aún que la ya oscura de él mismo, eran *los prietitos*, los morenos, los que comían el pan con lama, los que tenían que trabajar la tierra, las que tenían que casarse con el primero que las dejase embarazadas o soportar la vergüenza de ser madres solteras, las sirvientas. Y es un sujeto individual, él y otro, y otro más, el que me dice que él, por ser de tez más oscura, era ocultado por la madre cuando tenía que ir a una ceremonia social o religiosa, el que era postergado, el que recibía lo menos o lo peor. Mientras que otro sujeto individual es el que me habla de su pesar por haberse casado con una mujer morena. Y aquél me dice de su fascinación por las güeras, por las gringas, que lo desprecian por ser mexicano en tanto que él sólo puede tener una mujer rubia si

² Jacques Lacan, *Écrits*, op. cit., p. 817 [Escritos 2, p. 797].

paga por sus servicios. Y esta otra huye del sol porque broncea la piel y ninguna se tiñe el pelo de color oscuro mientras que todas las que se tiñen lo hacen en tonos más claros que el que les brota de la cabeza. La lesbiana, segura de su elección de objeto, ideológicamente definida como *gay* sin problemas, de pelo oscuro, está dispuesta a todos los sacrificios y humillaciones para conservar a su compañera de ojos claros porque nunca volvería a conseguir otra así. Y la cerveza de marca "Superior" se vende más por ser "la rubia que todos quieren". La oscuridad se oculta y se considera vergonzosa. El racismo es interior. La piel que se tiene es la indebida. Debo manifestar que, como psicoanalista extranjero con más de veinticinco años de práctica en México, nunca he encontrado un analizante sosteniendo algún equivalente del *black is beautiful* que se oye en otras latitudes. (No descarto el carácter sesgado de la muestra pues los sujetos analizados son por lo común burgueses y urbanos.) El color de la piel es un dato importante, definitivo incluso, en la vida de muchos sujetos en análisis, tanto en lo que hace a la propia piel como a la de su pareja o familiares, pero siempre en el mismo sentido de jerarquizar a lo claro sobre lo oscuro. La piel rechazada es la manifestación visible, imaginaria, de muchos otros rechazos de sí que el sujeto realiza: el del nombre, el de la lengua, el del origen. La piel acusa la división entre el yo y el ideal: verse en el espejo, verse en el otro y en el Otro, es verse en falta, con la castración a la vista. Ser moreno es manifestar una falta inocultable y es, por consiguiente, pecado revelador de negros orígenes. A lavar, a blanquear.

Sorprende también que exista, en paralelo, manifiesto, un discurso oficial glorificador de la raza, *raza de bronce, raza mía por la que hablaré el espíritu*, según dice el lema de la Universidad del Estado, pero que esta raza mestiza no es nunca llamada así sino con fines despectivos y no es asumida como tal por los sujetos singulares. El racismo del sujeto para consigo mismo y para con su prójimo impregna la vida pero a la vez los datos reveladores de la identidad racial son rechazados signos de inferioridad. De modo que hay un doble discurso racista, aparentemente contradictorio, pero sucede que los dos discursos son los del amo. No es fácil dividirlos en discurso del colonizador y discurso del colonizado: *porque el discurso del colonizado, discurso glorificador de la raza mexicana, es el doble especular del discurso del colonizador foráneo y lo refuerza con la pretensión de invertirlo*. La palabra colorea y escinde la subjetivi-

dad de quien habla en lo general pero que no se asume sino de modo denegatorio en lo personal. Yo, asumiendo el mestizaje, no viene al lugar donde *Ello*, el mestizo, estaba.

La división subjetiva con relación al tegumento se desplaza en lo simbólico al nombre propio. *Los hijos de Sánchez* no es sólo el título de un libro de sociología urbana mexicana que motivó, al publicarse, un escándalo con resonancias internacionales; es una realidad clínica del sujeto neurótico cuyo nombre propio le importuna. Nadie quiere y pocos aceptan de buena gana ser Sánchez, López o González. El uso general y obligatorio del doble apellido se impone no sólo para evitar homonimias sino, fundamentalmente, para escapar del anonimato. La genealogía impone, otra vez, lo que Yo rechaza.

Este analizante habla de su doble origen: el del padre, indígena, oscuro, siempre en el margen de la ley, con un apellido corriente, degradado y degradante, fuente de inagotable vergüenza, determinante de todas las limitaciones que él mismo debe enfrentar en su vida, obligándolo siempre a posiciones de subordinación, y el de su madre, extranjera, española, quizá de origen árabe, con un apellido español, sí, pero infrecuente, obligada por su religión y por sus padres a casarse con ese hombre inferior y que nunca acaba de maldecir su destino. Y él, *l'enfant de ça*, el que no debió haber nacido, el que no es ni una cosa ni otra porque es un soñador que no puede desprenderse del lastre plomizo de su carga genética, buscando en la política marxista, en la ciencia biológica y en el psicoanálisis la suturación que le dé una nueva identidad y lo emancipe de su carga originaria. Por supuesto que la anamnesis lo lleva a reencontrar que ese relato de sus orígenes es mítico, que su madre tiene ancestros que, hasta donde puede reconstruirse, son mexicanos, hijos de mexicanos y que lo "árabe" se basa en ciertos rasgos que ve en las cejas y el mentón. Pero el sujeto vive en el mundo de su escisión: la parte común y la parte distinguida, la parte oscura y la parte clara, la parte mexicana y la parte extranjera. En la transferencia, por supuesto, el analista extranjero funciona como el ideal inalcanzable al que debe satisfacer con su esfuerzo por borrar la parte oscura de su ser, por ser "claro" en su discurso y hasta en sus sueños y fantasías que trae puntualmente transcritos en computadora sesión tras sesión. ("Inventos del hombre blanco", se dice, como en broma, en México, para referirse a cualquier artificio técnico de manejo más o menos complicado.)

He dicho que el discurso del sujeto está hecho de dos discursos del amo, de dos amos en conflicto, cada uno de los cuales es, a la vez, el represor y el reprimido, haciendo que los dos digan medias verdades. Lo reprimido, levantado, *aufgehoben*, es represor. El yo del discurso oficial expresa que los mexicanos fueron conquistados, reprimidos, sus mujeres violadas, aplastadas, por los españoles, epítomes de lo cruel y despiadado. La identificación imaginaria se hace con la víctima, con el vencido, con la mujer mancillada. Los emperadores aztecas vencidos, Moctezuma y Cuauhtémoc son héroes venerados mientras que Hernán Cortés es el villano, repudiado por la historia. Así corre lo que discurre. Pero, como veníamos viendo, eso es a la vez lo rechazado. El discurso genérico atribuye al indio no las virtudes sino los defectos: es perezoso, sucio, indolente, tonto, miserable, feo, ladino, traidor. Lo indígena es exaltado públicamente por los políticos acomodaticios y vilipendiado en los momentos de intimidad y confianza. Se ha acuñado un vocablo despectivo de uso general: *naco*, derivado de *totonaca*, una tribu indígena. Los mexicanos han ido acostumbrándose al uso de las palabras más injuriosas, las “malas” palabras del vocabulario tradicional pero, curiosamente, nadie deja de sentirse insultado de la peor manera cuando se le tilda de “naco”. Lo “naco” es lo vulgar, lo corriente, lo carente de distinción: hay ropa, hay coches, hay expresiones, hay gente que son “nacos”. Y alguien que parece naco es alguien que tiene rasgos indígenas, que pertenece a esa raza de bronce que se venera en las ceremonias oficiales y el 12 de octubre, día del descubrimiento de América, día de la raza española en España y en Sudamérica, que es también el día de la raza, pero mexicana, en México, día en que parte de la población sale a atacar los pocos monumentos a Colón que quedan de los tiempos anteriores a la Revolución mexicana. Sobra decir que casi no hay calle en el país que se llame Hernán Cortés ni monumento o retrato de él salvo en algún mural de Diego Rivera donde aparece como feroz asesino y ávido ladrón de las riquezas nacionales.

Los españoles son “ellos”, los que “nos” hicieron todos los daños y las ofensas de las que padecemos. No ha dejado de llamar la atención esta disociación entre *ellos* y *nosotros* en un país que resulta del mestizaje, de la cruce entre lo español (cristiano, árabe y judío) y lo indígena (maya y azteca). El país, México, tal como existe, es el resultado de la colonización que incluye, como bien es sabido, el etnocidio, la sumi-

sión forzada al amo imperial, la violación de cuerpos y almas, la humillación de los dioses, la imposición de diezmos y el diezmo de la población, el desconocimiento de las especificidades del goce de las distintas naciones que poblaron el suelo, el olvido de las lenguas vernáculas, la conculcación de los derechos, la esclavitud, el despojo de las tierras, el exilio en el propio país, la alienación en todas sus formas. Todo ello ha de ser incluido al hacer el balance de la Colonia y también de lo que le siguió, Revolución incluida.

Mas también ha de tenerse en cuenta otro aspecto que nunca se sabe si vale tanto como lo que costó y que es el que resalta el discurso del conquistador sobre sí mismo como "civilizador". Nada parecido a "México" existió antes de la conquista. El territorio que hoy lleva ese nombre en los mapas es el resultado de una suma de regiones política, lingüística y económicamente dispersas, gobernadas bajo distintos regímenes donde las constantes eran la guerra y la expoliación entre unas tribus y otras. A esa conjunción de distintas naciones hay que restarle lo separado de lo que fuera la Capitanía General de Guatemala (varias naciones centroamericanas), dejando lo que hoy es Chiapas, el Soco-nusco, en manos de México, y hay que restarle también más de la mitad del territorio, la parte septentrional del país, arrancada por la fuerza de las armas por el vecino del norte en una guerra de rapiña carente de toda justificación. De modo que México, el país, es una invención de la conquista. Podría ser el doble de grande o el doble de pequeño. Sus límites son una pura convención resultado de guerras, entregas y pactos. Hoy en día, ¿es Chiapas México o Guatemala?, ¿son San Diego y Los Ángeles ciudades norteamericanas o mexicanas? La conquista, que también podría llamarse *invasión* española, representó la unificación territorial, política, religiosa, económica, lingüística, ideológica de un inmenso mosaico de fragmentos dispersos en todos esos órdenes. Prolifera sin embargo un discurso de aspecto nacionalista que pretende simular que había un México anterior, puro, indígena, sabio, grandioso, que fue desviado de su propia historia por la irrupción despiadada de los conquistadores venidos de la peor parte del infierno europeo (*iAh! Si por lo menos nos hubieran colonizado los ingleses o los holandeses...*).

La identificación con el vencido, con la mujer engañada o violada, que se encuentra una y otra vez en lo manifiesto de los discursos periodísticos, históricos, políticos, antropológicos, con la denuncia

pública de lo que “nos” hicieron (que domina en el discurso manifiesto) apela a invocar la antigua y anticuada noción de “identificación con el agresor”, propuesta por Anna Freud, para dar cuenta del discurso latente. Es enigmática, es curiosa, la asunción imaginaria del lugar de la víctima. El fantasma masoquista, masocrista, es predominante y el arte religioso de Occidente siempre lo supo bien. Las interpretaciones de aspecto psicoanalítico son demasiado fáciles como para no llevar una sombra de ridículo a la que no queremos exponernos. El agresor repudiado, sobre el cual todas las culpas, las maldiciones y las fantasías de venganza pueden recaer sin consecuencias ni para él ni para el sujeto que se siente su víctima es también el agresor envidiado, padre gozante que hay que eliminar y devorar. El teatro edípico está bien montado. Una vez consumado el parricidio será el padre muerto el que convocará todas las obediencias y sumisiones pues su Ley será la ley fundamental de la nación. La conquista de México se continúa en este escenario como triunfo postrero de esa Madre protectora e inmaculada de los indios que es la virgen de Guadalupe.

México es un país mestizo. En el Cono Sur de América los españoles encontraron una población indígena nómada que fue eliminada sin compasión en un genocidio hasta cuyas huellas se han borrado. Eran poblaciones que vivían fuera de la historia, fuera de la escritura, y que fueron casi totalmente masacradas sin distinción de sexos. Luego vino la masiva inmigración europea a ocupar las tierras dejadas vacantes, el “desierto”, como se le llamaba a las regiones que estuvieron pobladas por tribus nómadas. En Perú y en México los naturales, los “indios”, desconocidos en su idiosincrasia hasta por esa denominación, producto de un error nunca corregido, fueron evangelizados e incorporados a la corona española. Pero en estos dos países, donde los “indios” estaban organizados políticamente y donde había aglomeraciones urbanas asentadas, se los conservó como fuerza de trabajo, a los hombres en el campo y en las minas, a las mujeres en la servidumbre doméstica. Y el mestizaje no fue la simple fusión de dos razas sino la unión del *hombre español* con la *mujer indígena*, en una clara diferenciación de los lugares sexuales. Las mujeres ocupan el lugar de mercancías que entregan los colonizados a los colonizadores; excepcional y confirmatorio de la regla es el caso de la unión, siempre repudiada, de la mujer blanca con el indio. El mestizaje no

fue una cruz; fue el efecto de prácticas de violación sostenidas por siglos que arrojaron un saldo de bastardos, hombres y mujeres que nacían por millones fuera de vínculos matrimoniales contractuales, en una unión desigual donde al tradicional poder fálico se agrega el poder racial, el político, el económico y el lingüístico.

La conquista es la raíz de México y esa raíz fue una invasión y una violación, sin que importase el eventual consentimiento de la madre por parte del padre que tenía, a su vez, los ojos y el deseo puestos en su propia madre, la española, la tierra abandonada. Insistamos en que esta narración no es histórica; es mítica y en tanto que mítica es efectiva, hace a la realidad, configura a los sujetos que encuentran en el mito una representación del origen, más allá del soporte histórico interpretado y reinterpretado en el correr de los siglos según los intereses de los sectores dominantes. Y, entre tales mitos, uno decisivo: el de la Malinche.

Cuentan los historiadores de la conquista que ésta no hubiera sido posible sin el auxilio providencialmente encontrado por Hernán Cortés de "una lengua" (lenguaraz), de una traductora, que fue la intermediaria entre él y los indios. Esta intérprete, su amante nativa, sería la primera indígena evangelizada, la madre del primer mestizo, Martín Cortés, a quien su padre hizo legitimar en Roma, la intermediaria que actuó como espía y traidora de los de su raza en ciertas batallas decisivas que acabaron en el holocausto de gran número de indios. Malinalli, doña Marina para los españoles, Malintzin, en una nominación honorífica que recibiera de sus paisanos indios, habría sido una princesa que hablaba por nacimiento la lengua de los habitantes del altiplano donde hoy está la ciudad de México y que fue entregada como esclava cuando era niña a una tribu de la zona maya (en Tabasco), donde aprendió la lengua del lugar. Ella formaba parte de un lote de veinte mujeres que le fueron donadas a Hernán Cortés como prenda de amistad y de paz por algún cacique tabasqueño. Como en un buen cuento de hadas, su noble origen fue recuperado por cuanto los españoles le otorgaron un estatus de superioridad que hizo de ella la persona más importante entre los nativos después del emperador Moctezuma, mientras que los indios mismos la elevaron al rango de diosa, y es así como aparece en los glifos que se conservan de la época de la conquista.

Glorificada como fundadora de la nación, su rango era en tiempos de la Colonia similar al de la virgen de Guadalupe, esa imagen

milagrosa que se apareció a un indio hoy beatificado en lo que fuera el santuario de la madre tierra, Tonantzin. Dice la leyenda que cuando Cortés recibió a las veinte mujeres, que se apresuró a distribuir entre sus soldados, regaló a los indios, como don de intercambio, una imagen de la virgen María. Y así, venerada en el recuerdo de indios y españoles, transcurrió el tiempo de la ocupación, el tiempo de la Nueva España como se llamaba el territorio antes de la independencia. Pero cuando el país se independizó, cuando surgió la realidad política de la República Mexicana, España pasó a ser el enemigo alrededor del cual se edificó la leyenda negra de la conquista que reflejaba especularmente e invertía la leyenda blanca anterior. Con la satanización de Hernán Cortés como destructor de la nación originaria que idealmente habría que reconstruir, Malintzin se transformó en la Malinche, la traidora por antonomasia, la madre de los mestizos que son los mexicanos verdaderos que no pueden pensarse genealógicamente sin abominar tanto de la madre traidora que consintió en entregarse al enemigo como del padre cruel y despótico que se despreocupa del destino de sus hijos y que entrega cuerpos y almas a la corona, al enemigo de la nación.

Con el discurso nacionalista que requiere la burguesía en ascenso, la Malinche, la madre histórica de la nación, pasa a ser la Chingada. Si "hijo de puta" es el máximo insulto en los demás países hispanohablantes, "hijo de la chingada" es su equivalente mexicano. Cabe resaltar lo diferente: la Chingada no es la mujer que se prostituye sino la que se entrega pasivamente al seductor extranjero para permitir la conquista. La conquista de la mujer es equivalente de la conquista del territorio. El conquistador es el que posee a la mujer y al país como un dominio extranjero. La unión de ambos da el resultado de hijos que no quieren recordar su genealogía, que no pueden enorgullecerse ni del padre ni de la madre ni del encuentro del que ellos mismos han surgido. La especificidad de la conquista de México radica, a diferencia del resto de las empresas coloniales, en el mestizaje que produce un pueblo y una nación descritos por muchos autores nacionales que piensan la cuestión de la identidad mexicana como *esquizofrénicos*, en un evidente abuso de lenguaje. Pero se trata, sin embargo, de algo que sí puede pensarse a la luz del psicoanálisis: de la modalidad particular de la escisión subjetiva, esa que padecen todos los hablantes por el hecho mismo de hablar y por la diferencia entre los sexos, es

decir, por la manera de atravesar el desfiladero de la castración, la modalidad particular que la escisión subjetiva asume a partir de una mítica escena originaria en donde la madre pasa del lugar de la complacencia traidora al lugar de la víctima violada y donde el padre oscila entre el seductor pérfido y el verdugo despiadado que usa de su falo como de su espada. Fantasías primarias pues, las tres reveladas por Freud: castración, escena primaria y seducción, estructurantes de la subjetividad, con una especificidad jugada mithistóricamente [*sic*], a medias mito, a medias historia, en el trauma nunca elaborado de la conquista sin la cual no habría ni México ni mexicanos.

A partir de esta narración sobre la Malinche, la nativa que se entrega al invasor, se acuña el término de *malinchismo*, que define a todo el que se deja seducir por el extranjero y entrega a él sus bienes espirituales y materiales. El malinchismo pasa a ser la contrapartida del nacionalismo y constituye o constituía hasta hace poco uno de los peores pecados que podían atribuirse a un mexicano. La aceleración del proceso de globalización y la aceptación casi general de su pretendida lógica ha hecho retroceder la vigencia de la maldición de la Malinche sobre sus hijos. El discurso nacionalista que alcanzó su acmé con la Revolución mexicana ha perdido sus encantos como discurso oficial una vez que los tecnócratas se apoderaron de los resortes del poder. Hoy en día la Malinche puede aspirar a distintas modalidades del regreso: *a)* por la vía del discurso de la modernidad cuya profeta habría sido; *b)* por la vía del análisis estructural del discurso, mostrando la equivalencia del mito de la Malinche con el mito de la virgen de Guadalupe; *c)* por la vía del psicoanálisis, señalando en esta idea de la mujer una figura universal de las vicisitudes del complejo de castración, reencontrando en la oposición de la Malinche con la virgen de Guadalupe la clásica disociación freudiana de la figura femenina, la imago materna, entre la virgen y la prostituta, y *d)* por la vía del feminismo, interesado en desarmar la leyenda negra, falocrática, de un país cuyas desgracias resultarían de la traición de una mujer.

En esta vía resbaladiza en la que contradictoriamente nos vemos incluidos podemos también señalar, con todas las reservas del caso, dos de esos términos que de México han pasado al universo cultural de occidente: *macho* y *machismo*. Estas palabras aparecen en francés y en inglés hace poco tiempo. El diccionario histórico de la lengua francesa, el de Robert, registra su uso escrito tan sólo a partir de 1971 y lo define

como característica del varón falocrático latinoamericano y especialmente mexicano. Curiosamente, el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* registra quince acepciones de la palabra "macho", ninguna de las cuales es la que tiene validez en el resto de Occidente, y no distingue la palabra "machismo". Nunca se insistirá bastante en que se trata de una estereotipia culturalista y que las realidades que estos términos designan no tienen especificidad ni geográfica ni histórica. Sin embargo, se ha impuesto una referencia mexicana para esta configuración bipolar del hombre autoritario ejerciendo su dominación sobre la mujer sometida por las buenas o por las malas en todas las latitudes. Dígase lo que se diga, no puede ser casualidad ni mala intención de algún lingüista pérfido el que en todo el mundo la palabra mexicana alcance ese sentido paradigmático. No serán tampoco los "científicos sociales" los que vengan a decir si México es un país más falocrático que otros. Lo que es seguro es que sí existe una representación común, un estereotipo, un mito si se quiere, del *machismo mexicano* que no tiene sólo validez exterior sino que es un lugar común en el discurso corriente entre los mexicanos acerca de sí mismos. Y cabe preguntarse por la relación entre el hecho de ser "los hijos de la Malinche", según el título dado por el más influyente de los teóricos de la mexicanidad, Octavio Paz, a uno de los capítulos de su libro sobre el carácter del mexicano, *El laberinto de la soledad*,³ y el *machismo* de universal reconocimiento. *Ma(lin)chismo*.

Hay que negarse a psicologizar los hechos sociales. Diría que ésta es una exigencia epistemológica y que, obedeciéndola, se desvanecen en buena medida los fantasmas del psicoanálisis aplicado sin que por ello se dejen de reconocer las determinaciones inconscientes de las posiciones subjetivas que se manifiestan en la vida social. Es tomando a los individuos uno por uno como podemos entender los modos en que los mitos, indisociables de la forma en que la historia es contada, presentes en la lengua, constituyen a sus sujetos y los hacen sujetos soportes, *mitóforos*, agentes de las narraciones que ellos sostienen con sus aventuras y desventuras. La historia mexicana ha sido escrita y reescrita

³ México, FCE, 1950. Todos coinciden en señalar la importancia crucial de esta obra en la construcción del estereotipo, revestido de bendiciones académicas, del mexicano. El entero año 2000 estuvo dedicado a conmemorar el medio siglo de esta obra.

varias veces según los intereses del poder. Ninguna de esas historias es la verdadera, pues la verdadera historia es la de los combates entablados en torno a la historia que se escribirá. No es novedad decir que el poder segrega el discurso que le conviene y que los sujetos repiten y transmiten. Así sucede con esta historia de un México originario, indígena, organizado, que fue corrompido por un invasor despiadado que desangró, explotó y violó con la espada, con la cruz y con el falo. Supuestamente cada mexicano sería el efecto del trauma de la conquista y habría de identificarse con la patria pisoteada, humillada y envilecida por los padres *desobligados*, negadores de su papel y de su responsabilidad en la fecundación de hijos no queridos ni por ellos ni por las madres agraviadas. El recurso a la historia antigua da un tono fatalista (¿quién podría algo contra el pasado?) y de presunto eterno retorno de lo mismo, el mito de la conquista y la violación de la madre, a lo que es... el eterno retorno de lo mismo: las estructuras de la expoliación imperial, la presencia de sectores dominantes en la sociedad que están aliados al capital extranjero, la corrupción de las funciones y de los funcionarios de todos los regímenes, el falocratismo y el *ninguneo* de las mujeres, el discurso racista que se afirma como tal en la intimidación y que se deniega con proclamas altisonantes en la tribuna, la violencia criminal ejercida sobre los desposeídos, la palabrería hueca, *cantinflasca* —este vocablo sí tiene ya el reconocimiento académico— empleada por los burócratas de un partido acostumbrado a ser el único después de monopolizar el poder por más tiempo que ningún otro en el mundo contemporáneo y, finalmente, los estereotipos acerca del carácter mexicano que se repiten como manifestaciones del psitacismo de los intelectuales, desconectando esa *psicología del mexicano* de sus determinantes concretos en la práctica social vivida por los habitantes del país. En la producción endocrina de este discurso mitificador es donde también los psicoanalistas son llamados a desempeñar un papel, creo que triste, el de racionalizar, justificar, articular una narrativa que, apoyándose en los descubrimientos de Freud, por ejemplo, el de las fantasías originarias, da un contenido reaccionario, racista y reforzador de la escisión subjetiva que sostiene a lo que “es evidente”, eso que sucede como lo que debe suceder.

Habremos de distinguir dos planos; primero: *México: en psicoanálisis...*, eso que los mexicanos articulan como un conjunto de representaciones vernáculas, de ideas que cada mexicano tiene de sí, esas

determinaciones ideológicas, imaginarias e inconscientes que gobiernan el discurso de los analizantes, infiltrado como lo está a cada rato por un discurso del Otro que es asumido como propio y, segundo, *México, lo que aparece como "mexicano" en el discurso de los psicoanalistas* cuando, como es el caso común, son inconscientes de las relaciones entre lo que dicen y lo que el poder espera de ellos, haciendo valer esa manera específicamente psicoanalítica de entender la historia como lo que ha sido y que da forma a lo que es y a lo que habrá de ser, con la suposición de que quienes no conocen el pasado están obligados a repetirlo, aunando a los psicoanalistas con los interesados en justificar, por medio de historizaciones míticas y encubridoras, la violenta y opresiva realidad cotidiana.

El Otro, el poder anónimo y multicéfalo, *el Ogro filantrópico*, como lo llamara Octavio Paz, tiende a todo mexicano un espejo que le devuelve una imagen hecha de descripciones psicológicas, de justificaciones históricas, de narraciones míticas de los orígenes, un espejo donde aparecen seres perdidos en *el laberinto de la soledad* —otra vez Octavio Paz—, víctimas inocentes del mayor genocidio de la historia, objetos de la tentación expoliadora de invasores ávidos y al que se añaden, para completar la imagen, *interpretaciones* (supuestamente) *psicoanalíticas* para dar aire de profundidad freudiana o, más bien, jungiana, a ese conjunto de verdades a medias y de banalidades enteras que organizan su discurso. Esa narración es mítica y a la vez, por eso mismo, es eficiente para producir lo que se pretende con ella, la racionalización de *la dominación*, vale decir, lo real mitificado y ocultado por ese discurso.

Es hora ya: es posible, desde ahora mismo, denunciar y romper ese espejo deformante.